

# LOS SABERES

### NOTAS SOBRE LA CONCRECIÓN Y DESARROLLO DE LAS COMUNIDADES JUDÍAS ANDALUSÍES

Cuando al-Andalus desapareció tras la conquista del reino de Granada por los Reyes Católicos, la cifra aproximada de judíos del reino era de unas mil personas<sup>1</sup>.

En general, hoy se admite, contra los exagerados porcentajes de antaño, de un uno a un cuatro por ciento el poblamiento judío en al-Andalus. Salvo en el caso de Lucena, una ciudad hasta época almohade totalmente judía —sólo extramuros, en su arrabal, vivían algunos musulmanes—, según nos informa el geógrafo al-Idrisi a mediados del siglo XII<sup>2</sup>. Parece que en ninguna ciudad andalusí la comunidad judía sobrepasaba las ochocientas o novecientas personas, y, sin embargo, estas pequeñas comunidades fueron capaces de generar esa prolífica edad de oro judía en Sefarad<sup>3</sup> en múltiples campos del saber.

Y eso es tanto más admirable cuanto que tenían, al igual que los cristianos, el estatuto de *dimmiés*, «protegidos», sometidos al poder musulmán, debiendo pagar un tributo de capitación por sus personas y un impuesto por sus tierras. A cambio de lo cual no podían ser esclavizados ni, en teoría, maltratados; garantizándoseles en cualquier punto del imperio musulmán el respeto de sus vidas y haciendas, así como el derecho a practicar su religión y a mantener su organización comunal bajo sus propias leyes y costumbres (con todo, no hay que perder de vista que judíos y cristianos tenían un estatuto inferior a los verdaderos creyentes, los musulmanes). ¿Cómo pudo, pues, darse este fenómeno sin parangón en otras comunidades, épocas y lugares? Una serie de factores ayudaron a ello; entre los principales se cuentan los siguientes:

1. *La mixtión de elementos judíos*. En efecto, gentes judías venidas principalmente del norte de África, amén del Oriente y de otros lugares, se fueron agregando a los núcleos judíos existentes en la Península Ibérica desde época romana. Ello trajo necesariamente una imparable renovación de ideas<sup>4</sup>.

2. *La solidaridad comunitaria* hacía que ningún judío se viera completamente desamparado. A título de ejemplo puede servirnos el episodio de los cuatro maestros orientales de la academia de Sura en Mesopotamia, que en viaje a Sefarad para recabar fondos con el propósito de levantar la deprimida academia, fueron capturados por el almirante de la escuadra califal y vendidos como esclavos. Rescatados por la comunidad, como se solía hacer, uno de ellos, R. Mosé ben Janok, fue nombrado jefe de la academia talmúdica cordobesa<sup>5</sup>.

3. *El proceso de urbanización*. Hasta la conquista árabo-musulmana de Hispania, la población judía era mayoritariamente rural. El proceso de urbanización de la formación social tributaria mercantil andalusí<sup>6</sup>, así como del resto del imperio árabe, hizo que las comunidades judías se concentraran en las ciudades. Esto produjo la transición de una

<sup>1</sup> Arié 1973, p. 333.

<sup>2</sup> Maíllo Salgado 1993, p. 157.

<sup>3</sup> Wasserstein 1995, pp. 101-110.

<sup>4</sup> Zafrani 1994, pp. 46-49.

<sup>5</sup> Gonzalo Maeso 1978, p. 173.

<sup>6</sup> Maíllo Salgado 2001, p. 168.

«Astrónomos discutiendo»,  
Maimónides, *Moré Nebujim*,  
(Barcelona, 1347-1348),  
Copenhague, Det Kogelinge  
Bibliotek (Cod. Heb. xxxvii,  
fol. 114r)

sociedad agrícola ocupada en las tareas del campo y del comercio local a otra dedicada poco a poco al comercio internacional. «Esta transformación produjo modelos de comercio y técnicas de crédito, métodos de autorización y agencia, procedimientos legales y métodos de recaudación». Ello dio lugar a una situación nueva entre los propios judíos y en las relaciones con sus vecinos<sup>7</sup>.

4. *El concomitante proceso de arabización.* Siendo el árabe la lengua que se imponía a lo largo y ancho del imperio, los judíos participaron en un intenso movimiento de arabización. Su lengua hablada y escrita fue principalmente el árabe y la cultura árabe bajo todos los aspectos fue el modelo a imitar, tanto más cuanto que de la unidad lingüística entre el Oriente y el Occidente propiciaba facilidades nunca vistas, desde el Imperio romano, para los intercambios, las actividades de toda índole y la transmisión del saber. Pero claro, la arabización no hizo olvidar a los judíos peninsulares la lengua vernácula del país, ni a los más cultos de entre ellos el hebreo. De las tres comunidades hispanas (mora, cristiana y judía), sólo entre los judíos se daba un número tan importante de personas políglotas.

5. *El mecenazgo que la riqueza y la proximidad al poder propiciaba.* Los judíos más dotados, adaptándose a las nuevas circunstancias de la vida traídas por la expansión árabe-islámica, se convertirán en comerciantes, contratistas de acuñación de moneda, recaudadores de impuestos, médicos, hombres de ciencia, banqueros, secretarios y visires en las cortes de califas y reyes, desplazando a los cristianos de los puestos de responsabilidad pese a su mayor número<sup>8</sup>. De todos es conocido el mecenazgo de Jasdáy ibn Saprut en tiempos de Abd al-Rahmán III (siglo X), a quien sirvió como médico, intérprete y embajador. Fue él, como jefe de las comunidades judías del país, quien terminó con la dependencia de los judíos hispanos de la comunidad de Bagdad. Conocido es el caso de la privanza de Jacob ibn Yau en tiempos de Almanzor; o aquel otro más renombrado del visir de los régulos ziríes granadinos (siglo XI), Semuel ibn Nagrela, *nagid* o príncipe de la comunidad judía, famoso por su mecenazgo, saber y conocimiento de diversas lenguas. Asimismo, los régulos de taifas hudíes de Zaragoza (siglo XI) tuvieron a su servicio a Abu Ishaq Yequiel ibn Ishaq ibn Jasan, mecenas del poeta y filósofo malagueño Ibn Gabirol. Los abadíes de Sevilla (siglo XI) también tuvieron a su servicio altos oficiales judíos que llevaron el título de visir (y *nasí*, título semejante a «príncipe» entre los judíos). En Albarracín, sus régulos (siglo XI) parece que también tuvieron un visir judío, Abu Bakr ibn Sadray<sup>9</sup>, amén de otros ejemplos que debieron de existir.

Todos estos factores propiciaron una gran movilidad del elemento judío —a quien se le reconocía, no lo olvidemos, el mismo estatuto jurídico por el extenso Imperio islámico— con lazos familiares y religiosos por doquier. Atendiendo a sus negocios recibirán influencias de todo tipo, adquiriendo una cultura superior a la de la mayoría de sus coteráneos, cristianos e incluso árabes, dada su mayor afición y estima por otras lenguas.

La figura del «judío errante» nunca antes había sido tan frecuente, haciendo así bueno lo que a principios del siglo XVI dirá en *La lozana andaluza*, obra publicada en Venecia en 1528, Francisco Delicado: «Más sabe quien mucho anda que quien mucho vive, porque quien mucho vive cada día oye cosas nuevas, y quien mucho anda, ve lo que ha de oír». Algo parecido a lo recomendado por Paracelso a sus discípulos en el siglo XV y repetido por Goethe cuatro siglos más tarde: «Más importante que conocer es saber y más importante que saber es ver».

<sup>7</sup> Díaz Esteban 1999, pp. 21-30.

<sup>8</sup> Gonzalo Maeso 1978, p. 172; Díaz Esteban 1999, p. 168.

<sup>9</sup> Wasserstein 1985, pp. 190-223.

Es necesario entender que la ciencia medieval poco tenía que ver con la desarrollada en Europa occidental a partir del Renacimiento. Mientras la ciencia occidental aplica hipótesis matemáticas a la naturaleza, utiliza el método experimental, distingue entre las cualidades primarias y secundarias, geometriza el espacio, acepta el modelo mecánico de realidad y tiende a la universalización, por su carácter generalizable. Las ciencias del mundo medieval estaban estrechamente unidas al medio ambiente étnico en que surgían. Era casi imposible que pueblos de culturas distintas pudieran encontrar base común para el diálogo, pues estas culturas basadas en sistemas de pensamiento cimentados en principios dogmáticos de tipo religioso, tendían siempre a desarrollar una actitud defensiva contra todo pensamiento fundado en dogmas ajenos. Esa mutua incompatibilidad de los sistemas religiosos y conceptuales no impedía los avances tecnológicos; pero restringía seriamente las relaciones y transmisión de las ideas. Así pues, sólo una pequeña elite podía recibirlas o transmitir las, tanto árabe como judía (la cristiana mozárabe estaba en franca regresión) en el caso de al-Andalus. Ahora bien, la llamada filosofía judía utilizó formas y métodos de la filosofía arábiga. Con todo, su desarrollo en contacto con la filosofía elaborada por los musulmanes, no carecía de originalidad, «porque tuvo mucho que ver con un volver a pensar los orígenes mismos del pensamiento judío y su relación con la razón humana»<sup>10</sup>.

Said al-Andalusí (m. 1070), cadí e historiador de la ciencia afincado en Toledo, en su obra *Kitab Tabaqat al-umam* («Libro de las categorías de las naciones»)<sup>11</sup>, compuesto en 1068 al final de su vida, dice que antes de la dinastía omeya «ninguno de sus habitantes adquirió notoriedad entre nosotros por interesarse en el estudio de la filosofía». Más adelante añade:

A mediados de la tercera centuria de la era de la hégira [siglo IX], o sea, en los días del quinto emir de los soberanos Banu Omeya, Muhamad ibn Abd al-Rahmán [...] algunas personas empezaron a estudiar diversas ciencias; pero hasta aproximadamente mediados del siglo IV [siglo X de la era cristiana] la notoriedad de estas personas continuó siendo apenas conocida<sup>12</sup>.

Es a partir de esa época cuando el interés por la ciencia y la filosofía se manifiesta públicamente, como bien lo señala R. Ramón Guerrero, porque «antes no interesaron social ni políticamente»<sup>13</sup>. Cabe pues preguntarse, ¿por qué interesaron entonces?

Sencillamente, porque la necesidad política e ideológica demandaba la elaboración y puesta a punto de un proyecto cultural andalusí capaz de representar una alternativa histórica, frente a los proyectos califales abasí y fatimí. El califato no sólo era un poder político, sino también un programa ideológico y una manifestación cultural. De ahí que surgieran en ese momento tales inquietudes.

Hasta entonces los ulemas malikíes, consejeros e ideólogos de la legalidad omeya, se opusieron a cualquier corriente dogmático-teológica y filosófica procedente de Oriente. Esto permitió al pensamiento teórico andalusí, especialmente el surgido en la ciudad de Córdoba, verse libre al mismo tiempo de las problemáticas teológicas propias del califato abasí, y preservarse del contagio iluminista (gnóstico) de la teosofía hermética, característica de las corrientes sufíes, siíes, batiníes, etc. La gente de saber se dedicó en al-Andalus a las ciencias de los antiguos, que abarcaban *grosso modo* las disciplinas a las que reservamos el nombre de ciencias que se fundamentan en la razón: matemáticas, geometría, astronomía, lógica,

<sup>10</sup> Cruz Hernández 1996, pp. 393-411.

<sup>11</sup> Said al-Andalusí 1999.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 119.

<sup>13</sup> Ramón Guerrero 2001, p. 178.

música, también astrología, alquimia y medicina, toleradas por ulemas y alfaquíes. Efectivamente, como lo señala en su tesis, a la que nos remitimos, M. Abed al-Yabri. El pensamiento teórico en al-Andalus tuvo la buena fortuna de abordar la filosofía en el momento adecuado, después de que las gentes de saber hubieron pasado y consolidado el estudio de la medicina, de las matemáticas, de la astronomía y de la lógica —éste es el orden en que los andalusíes se fueron interesando por la ciencia, según Said al-Andalusí—, es decir, «de todas esas disciplinas que dieron origen al pensamiento filosófico en Grecia y que abrieron el camino a la única “verdadera” filosofía, la de Aristóteles»<sup>14</sup>.

O sea, que el nacimiento de la filosofía en al-Andalus se dio en unas circunstancias por entero diferentes a aquélla que tuvo lugar en el Oriente islámico.

En Oriente apareció primero la teosofía hermética, que fue utilizada por los síes; luego la metafísica de Aristóteles (tanto la auténtica como la *Teología* atribuida a él mismo), que fue utilizada por los abasíes..., como arma de lucha contra los síes por el dominio cultural, y para suministrar un material conceptual a sus teólogos. Esto precipitó el salto del pensamiento directamente a la metafísica, sin pasar por la etapa de las matemáticas y de las ciencias físicas. En al-Andalus las cosas siguieron su curso natural. La filosofía apareció sin que sus cultivadores se vieran implicados en la problemática teológica oriental; la conciliación entre «razón» y «transmisión». Al liberarse de la teología dialéctica (*kalam*) y del fondo gnóstico del neoplatonismo oriental, el discurso filosófico de al-Andalus, contrariamente al de Oriente, no cayó nunca en esos atolladeros. Así la ciencia volvió a ser, como para Aristóteles, el único fundamento sobre el que edificar la filosofía. Y de esa manera Averroes pudo adquirir tal dominio en el pensamiento de Aristóteles, llegando a ser él mismo el punto culminante del movimiento de renovación del pensamiento teórico andalusí<sup>15</sup>.

Fue una lástima que la filosofía de Averroes no fuera aceptada por los musulmanes, lo cual hubiera dado un islam totalmente diferente, y sólo fuese conocida por los cristianos; sin embargo, no implicó necesariamente la victoria de los teólogos, sino la de la extraordinaria eclosión mística andalusí del mismo siglo XII, cuyo exponente fue Ibn Arabi, contemporáneo y conocido de Averroes —al que éste, parece, había augurado un gran destino—. Su doctrina basada en la interpretación mística del Corán, adobada con elementos neoplatónicos, ahogaron el racionalismo averroísta «en el océano de la contemplación sufi de Dios».

#### PAPEL PIONERO RACIONALISTA DE LOS FILÓSOFOS Y CIENTÍFICOS JUDEO-ANDALUSÍES

Por más que nuestro cometido no sea abordar el campo de la filosofía, del que otros especialistas más cualificados se ocupan, es pertinente resaltar la faceta racionalista de los primeros filósofos y científicos judíos andalusíes, aspecto este que parece haber pasado bastante desapercibido hasta ahora.

Aunque el hispano-musulmán Ibn Hazm (m. 1063) sea una de las figuras más egregias del gran florecimiento cultural de al-Andalus, como filósofo su sistema dejaba mucho que desear, al decir de su contemporáneo Said al-Andalusí, que señala:

Se interesó por la ciencia de la lógica y compuso en relación con ella un libro, *Kitab at-Taqrīb li-hudud al-mantiq* [«Libro de la aproximación a las definiciones de la lógica»] donde su propósito discursivo es aclarar los métodos de las ciencias, utilizando en él ejemplos jurídicos y concisiones

<sup>14</sup> Abed al-Yabri 2001, pp. 106-107.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 107-108.

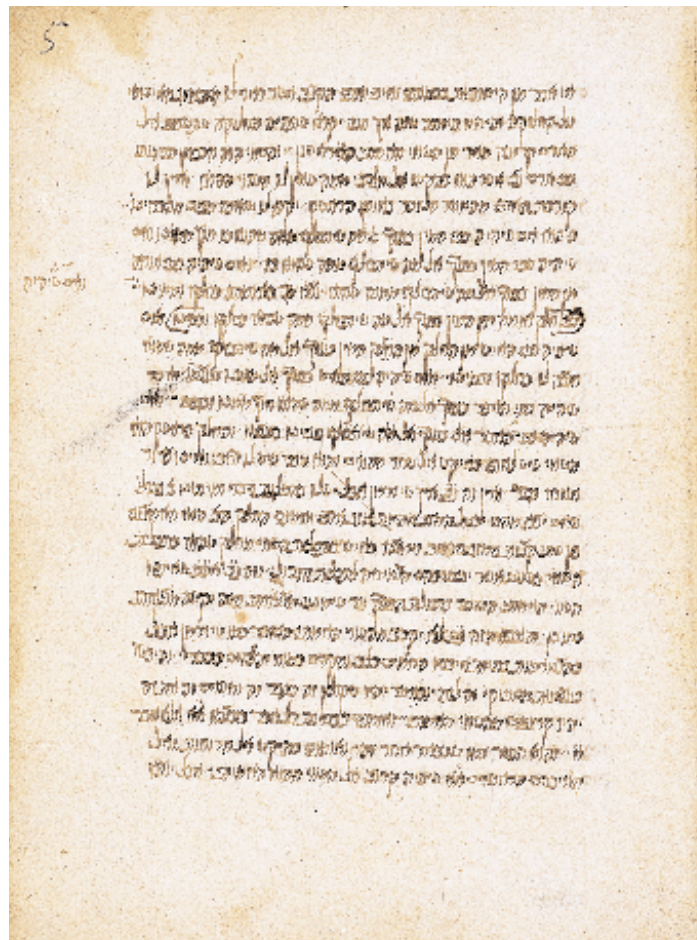
de la ley islámica, entrando en contradicción con Aristóteles —elaborador de esta ciencia— en algunos puntos fundamentales; contradicciones, en suma, de quien no comprende la amplitud de esta ciencia ni está formado en la obra de ese filósofo. Su libro por eso contiene muchos errores, haciéndose evidentes los fallos<sup>16</sup>.

Sin embargo, el mismo Said al-Andalusí no escatima elogios para un grupo de médicos y filósofos judíos de los dos primeros tercios del siglo XI, en un momento en que la filosofía no era cultivada o muy escasamente por los musulmanes peninsulares coetáneos. Es imposible que él hablara como lo hace de no ver en ellos a auténticos racionalistas impregnados de aristotelismo, única línea a su juicio sabia y fructífera en materia filosófica. Su admiración por Aristóteles no conoce límites hasta el punto de decir: «Llegó a ser imán de los filósofos y el compendio de las virtudes de los sabios. Nadie puede reprochar a Dios que reuniera el mundo en un solo hombre»<sup>17</sup>.

Uno advierte enseguida que ninguno de estos judíos está especializado en una sola ciencia; todos sobresalen en varias. Por supuesto que nos habla de Jasdáy ibn Saprut, puesto que fue bajo la autoridad de este *nasí* (príncipe de la comunidad judía), un alto personaje en la corte del califa Abd al-Rahmán III, que los judíos andalusíes tomaron la vía de integración en la vida social, política, económica y cultural del país. Este ilustre personaje empezó su carrera como médico califal; muy pronto el soberano supo explotar sus talentos, confiándole misiones diplomáticas ante los reyes cristianos y el emperador germano.

<sup>16</sup> Said al-Andalusí 1999, p. 136.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 77.



Tratado médico en romance con caracteres hebreos (Provenza (?), siglo XV), Cambridge, University Library (Ms. Add. 1198/3, fol. 5r)

Entre sus empleos asumió también la responsabilidad de las aduanas. Dignidades y cargos todos a su medida, ya que dominaba el árabe, el hebreo, el latín y el dialecto romance (parece incluso que conocía el griego, pues ayudó al monje bizantino Nicolás y al sabio musulmán Arib Ibn Said a traducir la *Materia Médica* de Dioscórides al árabe). Es con él, según E. Ashtor, que comenzó la llamada edad de oro de los judíos hispanos. Su principal actividad científica fue la farmacología, «describiendo» el secreto de la composición de ese remedio milagroso conocido desde la Antigüedad y llamado *triacca*. Las virtudes de este medicamento, que contenía opiáceos, permitían la curación de graves enfermedades y hasta la impotencia masculina<sup>18</sup>.

Said al-Andalusí, en efecto, resulta testigo de excepción en la relación que nos ofrece acerca de algunos sabios y eruditos judíos contemporáneos suyos, a algunos de los cuales trató personalmente. Por eso merece reproducirse íntegro este texto traducido por mí al español:

Después vivió en época de la guerra civil Menahim ibn al-Fawwal, habitante de Zaragoza. Fue eminente en el arte de la medicina, versado además en el arte de la lógica y en el resto de las ciencias filosóficas. Tiene un tratado relativo a la introducción de las ciencias filosóficas, se titula *Kanz al-muqill* [«El tesoro del pobre»]. Lo dispuso en forma de preguntas y respuestas, incluyendo en él la totalidad de las leyes de la física.

[...]

En la misma época vivió en Zaragoza Marwan ibn Yanah, una persona interesada en el arte de la medicina, y con un vasto conocimiento de las lenguas árabe y hebrea. Tiene un tratado relativo a la interpretación de los medicamentos simples, así como la determinación de las dosis de esos medicamentos utilizados en el arte de la medicina, dependiendo de los pesos y de las medidas.

[...]

Entre ellos también se halla Ishaq ibn Qustar que estuvo al servicio de al-Muwaffaq Muya-hid al-Amiri y de su hijo Iqbal ad-Dawla Ali<sup>19</sup>. Era entendido en los fundamentos de la medicina, estaba familiarizado con la ciencia de la lógica y había estudiado las opiniones de los filósofos. Era hombre de loable proceder y de excelente moralidad. Lo frecuenté mucho y no he visto un judío como él en lo concerniente a su ecuanimidad, su sinceridad y sus acabadas cualidades (*murua*). Era admirable en el conocimiento de la lengua hebrea, sobresaliente en la ley de los judíos, de los que era uno de sus rabinos. Murió en Toledo en el año 1056, cuando tenía setenta y cinco años. No se había casado jamás.

[...]

Entre los judíos hubo algunos que se interesaron por ciertas ramas de la filosofía. Sulayman ibn Yahya, conocido como Ibn Gabirol, habitante de la ciudad de Zaragoza. Era un apasionado del arte de la lógica, poseía una fina inteligencia y un excelente juicio. Se le presentó la muerte y murió cuando apenas había sobrepasado la treintena, en el año 1058.

[...]

En nuestro tiempo entre sus jóvenes estudiosos se halla Abu l-Fadl Hasday ibn Yusuf ibn Hasday, habitante de la ciudad de Zaragoza, que pertenece a una familia noble de judíos asentados en al-Andalus descendiente del profeta Moisés, sobre él sea la paz. Se interesó por las ciencias en su orden racional y ha adquirido los conocimientos de sus ramas según sus métodos. Posee magistralmente la lengua árabe y ha logrado una parte considerable de las artes de la poesía y de la retórica. Destaca en la ciencia de los números, en geometría y en astronomía. Ha comprendido el arte de la música y ha tratado de aplicarlo. Se ha afirmado en la ciencia de la lógica y ha practicado el método de la observación. Luego se ha aupado hasta el estudio de las ciencias naturales, comenzando en ello con el estudio de la *Física* (*al-Kiyan*) de Aristóteles, hasta poseerla magistralmente. Después se puso con el tratado *Del cielo y de la tierra*. Lo dejó en el año 1065 cuando había penetrado en sus arcanos. Si se alarga el plazo de su vida y su

<sup>18</sup> Barkai 1994, pp. 17-18.

<sup>19</sup> Soberanos de Denia y de las Baleares desde 1012 a 1075.

empeño se mantiene, se elevará sobre la filosofía y comprenderá las diversas ramas de la sabiduría. Él es todavía un joven que no ha alcanzado la madurez, pero Dios altísimo concede su gracia a quien quiere<sup>20</sup>.

Esta larga cita nos lleva a considerar:

1.º Que casi todos estos sabios solían combinar la práctica de la medicina para ganarse la vida, con una actividad intelectual mucho más amplia (más tarde, en los siglos XV y XVI en España, la práctica de la medicina llegó a tenerse por algo propio de judíos o de sus descendientes, y más si a esto se unía un apellido con el nombre de su ciudad de origen)<sup>21</sup>.

2.º Que en el último cuarto del siglo XI la filosofía y la ciencia ya estaban suficientemente asentadas en al-Andalus para producir los grandes nombres del siglo XII (el racionalismo de Maimónides tiene, pues, también estos precedentes).

3.º Parece seguro que algunos de estos filósofos y científicos judíos se insertan en la corriente racionalista hispano-árabe (no Ibn Gabirol, apegado al neoplatonismo) que culmina con Averroes.

Llegados a este punto parece oportuno recordar que no debemos confundir cultura judía con cultura de los judíos. Pues así como ni fray Luis de León o Mateo Alemán, ni Marx o Einstein, por ejemplo, fueron representantes de la cultura judía, sino judíos formados en la cultura que predominaba en su época; así estos judíos andalusíes forman parte de la llamada civilización andalusí. La filosofía que elaboraron los judíos apareció tras la gran creación de la filosofía en el islam, que no fue un fenómeno fortuito por el encuentro de los textos filosóficos procedentes de Grecia, sino fruto de una concepción propiamente islámica del conocimiento. Hay que darse cuenta, por otra parte, que la filosofía judía surgió en aquellas zonas geográficas donde la cultura islámica era más poderosa y expresándose en lengua árabe y no en hebreo<sup>22</sup>.

No deja de ser curioso que en el siglo XI, sin duda el siglo andalusí más fecundo culturalmente, los reinos de taifas rivalizaran por convertir sus capitales en centros de saber, y que de todos ellos fueran los de Toledo y Zaragoza los que destacaran especialmente por su labor científico filosófica, «ciudades ambas en las que había importantes comunidades judías, que, de seguro, desempeñaron un papel muy importante en la transmisión y conocimiento del saber»<sup>23</sup>.

Y más extraordinario aún fue el hecho de que justamente cayeran en manos de los cristianos estos dos reinos de taifas (el reino de Toledo fue conquistado por los castellanos en 1085 y el de Zaragoza por los aragoneses en 1118). Esto tuvo consecuencias de gran alcance histórico y cultural; no ya por su temprana conquista, sino por el interés de sus antiguos reyes musulmanes por la ciencia y la filosofía. Ello dio lugar a que los conquistadores encontraran allí lo que no podrían haber hallado en ningún otro sitio de al-Andalus y del Magreb en ese tiempo. Pues en las cortes de los otros reyezuelos árabe-andalusíes del tiempo, la cultura que se desarrollaba estaba volcada hacia la literatura o las ciencias religiosas y no hacia la ciencia propiamente dicha. Los cristianos tropezaron allí —cuatrocientos años antes de que se termine con el dominio musulmán de Granada— con un material que, gracias a los núcleos de traducción que enseguida se formarían en los diferentes reinos cristianos, habría de alimentar la curiosidad científica y propiciar el renacer de Occidente<sup>24</sup>.

<sup>20</sup> Said al-Andalusí 1999, pp. 151-152.

<sup>21</sup> Domínguez Ortiz 1991, p. 160.

<sup>22</sup> Ramón Guerrero 2001, pp. 151-152.

<sup>23</sup> Ramón Guerrero 2001, p. 188.

<sup>24</sup> Remito al estudio que antecede a mi traducción del *Libro de las categorías de las naciones*, de Said al-Andalusí (1985), especialmente a las páginas 10-15.



Si bien, como ya hemos dicho, la filosofía no es aquí nuestro propósito, importa señalar que sería en el siglo XII cuando aparece la gran figura de Maimónides (1135-1204), máxima figura entre los filósofos judíos en al-Andalus. Su *Guía de perplejos* ejercería una profunda y perdurable influencia, contribuyendo a la difusión de la filosofía aristotélica y árabe [cat. 197-199]. También por supuesto se ocupó de la medicina, llegando a ser médico de los soberanos ayyubíes de Egipto, país en el que finalmente se radicó, a consecuencia de la intolerancia almohade, y lugar donde moriría. También este sabio hizo estudios de astronomía con un discípulo de Ibn Bayya en al-Andalus, llegando a tener considerable competencia en esa ciencia<sup>25</sup>.

En farmacología y medicina, asimismo, destacan dos judíos, Ibn Yanah, muerto en Zaragoza hacia 1040, e Ibn Buklaris, que parece falleció en Zaragoza a principios del siglo XII. El primero compuso un *Taljís* (resumen) farmacológico que no se conserva (pero que fue utilizado por el más famoso de los farmacólogos de al-Andalus, el árabo-andalusí Ibn al-Baytar), los nombres de los simples aparecían en griego, árabe, persa, siríaco, beréber y romance hispánico.

En cuanto al segundo médico, Yunus ibn Isahaq ibn Buklaris al-Israili, no se sabe apenas nada de su vida, tan sólo que escribió su tratado farmacológico conocido por *al-Mustaini* encontrándose en Almería, y que se lo dedicó al rey de Zaragoza Ahmad II al-Mustain bi-llah (1085-1110) con el propósito de atraer su atención, pues entraría al servicio del monarca zaragozano después de 1085. Parece que dejó al-Andalus quizá por la entrada de los almorávides en Almería en 1091.

En *al-Mustaini* los nombres de los simples aparecen en griego, árabe, persa, siríaco, beréber y diversos romances hispánicos, distinguiendo entre una *ayamiyya rumyya*, una aljamía rumí —que Simonet identificó como una jerga que había sido utilizada por los drogueros del bajo imperio— y una *ayamiyya ammiyya* (aljamía popular, romance), distinguiendo la *ayamiyya* de *Saraqusta* (romance de Zaragoza) de la *ayamiyyat al-Andalus* (romance de al-Andalus)<sup>26</sup>. Lo cual nos ilustra perfectamente de que el llamado mozárabe era un haz de dialectos.

Ibn Buklaris compuso también una obra titulada *Risalat al-tabyin wa-l-tartil* («Epístola de la explicación y la reglamentación»), «un ensayo de explicación y clasificación jerárquica de los alimentos, en el que desarrolla la noción galénica de las cuatro fuerzas o facultades (aprehensiva, retentiva, digestiva y expulsiva) que existen en todos los órganos»<sup>27</sup>.

Ya hemos dicho que la mayoría de estos sabios judíos practicaban la medicina, pero fue merced a otros saberes por los que muchas veces pasaran a la posteridad. El caso más conocido es el de Mosé Sefardí, nacido en Huesca 1062, se convirtió al cristianismo en 1106 en su ciudad el día de San Pedro, apadrinado por el rey de Aragón Alfonso I, tomó el nombre de Pedro Alfonso. Médico de este soberano —también lo fue de Enrique I de Inglaterra—, se le conoció en Europa por un tratado moral conocido como *Disciplina clericalis*, cuyo asunto es el de un maestro que dialoga con su discípulo, dándole un montón de consejos y sentencias adobadas con anécdotas de sabiduría oriental, que terminaron por pasar a la literatura europea. Conocedor del árabe, hebreo y latín, las obras que nos han llegado, no obstante, están todas en ésta última lengua. Compuso asimismo una *Epístola a los estudiosos franceses*, cuyo contenido al parecer provenía de una obra más extensa de

<sup>25</sup> Samsó 1992, p. 331.

<sup>26</sup> *Ibidem*, pp. 270 y 274.

<sup>27</sup> Rénaud 1930, p. 139.



Maimónides,  
*Compendio de los libros  
 de Galeno* (Cataluña,  
 siglo XIV), París,  
 Bibliothèque nationale  
 de France (Ms. Heb.  
 1203, fol. 45v)

naturaleza astronómico-astrológica, tal vez traducida del árabe. En ella se presenta como defensor de una nueva ciencia y de un nuevo sistema educativo para la atrasada Europa. Igualmente compuso unas *Tablas astronómicas* de las que han quedado unos pocos capítulos y la introducción, así como un pequeño tratado para el cálculo de los eclipses<sup>28</sup>.

En el campo de la astronomía, se sabe por un tardío historiador judío, el toledano Is-hac Israeli (ca. 1310) que las *Tablas de Toledo* —las más famosas tablas astronómicas hispanas junto con las *Tablas Alfonsíes*—, cuyo original árabe se ha perdido, fueron compuestas por un equipo de una docena de astrónomos, en los cuales figuraba el andalusí Azarquiel y algunos judíos; todos dirigidos por el cadí Said<sup>29</sup>.

#### LABOR TRADUCTORA Y CREADORA DE LOS JUDÍOS HISPANOS Y SU PAPEL DE TRANSMISIÓN CULTURAL Y CIENTÍFICA HACIA OCCIDENTE

Con el dominio almorávide (a fines del siglo XI) y después almohade (mediados del siglo XII) la tolerancia religiosa desapareció progresivamente en al-Andalus. Los almohades obligaron a convertirse a la fuerza a los cristianos y judíos de sus tierras. La mayoría de los judíos prefirió exiliarse: unos a otros lugares del dominio islámico como, por ejemplo, Maimónides (que primero marchó a Fez, un centro de gran actividad comercial judía, según el geógrafo al-Bakrī, para ulteriormente establecerse en El Cairo hasta el final de sus días); otros, a los reinos cristianos peninsulares del norte, y también al sur de Francia e Italia, llevándose con ellos su herencia cultural judeo-arábiga. Es por ese tiempo, y aún antes, cuando se da entre cristianos y judíos un afán de búsqueda, compra y traducción de libros árabigos. Esto llegó a causar cierta alarma en algunos hombres cultos de al-Andalus. Un testimonio bien conocido es el que da el sevillano Ibn Abdun en su *Tratado del buen gobierno del zoco*: «No deben venderse a judíos ni cristianos libros de ciencia, salvo los que traten de su ley, porque luego traducen los libros científicos y se los atribuyen a los suyos a sus obispos, siendo así que se trata de obras musulmanas». Y también añade: «Lo mejor sería no permitir a ningún médico judío ni cristiano que se dedicase a curar a los musulmanes, ya que no abrigan buenos sentimientos hacia ningún musulmán»<sup>30</sup>.

En el siglo XII, en su primera mitad, en efecto, es cuando comienza esa labor de traducción del acervo científico y literario árabigo, primero bajo el mecenazgo de preladados como el arzobispo Raimundo (1126-1152) y Rodrigo Ximénez de Rada (1170-1247), dando lugar a la llamada «Escuela de Traductores de Toledo» por la masiva traducción de obras al latín que se da hasta la muerte de don Raimundo.

El inventario de los textos que se tradujeron permite ver cuál era la moda cultural en aquel entonces: en cabeza van las ciencias exactas (matemáticas, astronomía, astrología), con el 47% del total de la producción; siguen filosofía, 21%; la medicina, 20%; las ciencias ocultas, 4%, entendiéndose por tales la geomancia, alquimia, etc.<sup>31</sup>.

Al frente de este grupo de traductores y eruditos se hallaba el arcediano de Segovia Domingo Gundisalvo, y junto a él, Juan Hispano, posible judío converso. Éste traducía del árabe al castellano y Gundisalvo traducía del castellano al latín. Estas traducciones corrieron por Europa con gran rapidez y convirtieron a Toledo en un polo de atracción cultu-

<sup>28</sup> Lomba Fuentes 1997, pp. 70-73.

<sup>29</sup> Samsó 1992, p. 148.

<sup>30</sup> García Gómez y Lévi-Provençal 1981, p. 173.

<sup>31</sup> Vernet 1982, pp. 69-70.

ral al que vendrían hispanos, italianos e ingleses, que deseosos de saber y de nuevos libros hicieron traductores.

Además de Toledo hubo otros centros de traducción en la Península tales como Zaragoza, Tarazona, Barcelona, donde el judío Abraham bar Jiyya (1065-1138), conocido como Savasorda (forma latinizada de la expresión árabe *sahib as-surta*, «jefe de policía», cargo que habría desempeñado), fue uno de los científicos más importantes de la comunidad judía barcelonesa, siendo además su rabino. Cosa que no le impidió componer una extensa obra acerca de diversas ciencias: matemática, geometría, cosmología, astrología, etc. Astrónomo del rey Alfonso de Aragón, trabajó con el cristiano Platón de Tívoli en la traducción de obras científicas árabigas. Entre las obras traducidas en común cabe destacar el *Tratado de las áreas y medidas*, en latín *Liber embadorum*, que pasó a ser un libro fundamental de matemáticas en el mundo cristiano. En Burgos, «bajo el mecenazgo del obispo Gonsalvo, trabajan Juan Gonsalvi y el judío Salomón»<sup>32</sup>.

Estos sabios judíos no sólo desempeñaron labores de traducción, también fueron diligentes maestros itinerantes, como lo fue Pedro Alfonso. Abraham bar Jiyya, que enseñó en Castilla, Siria, Zaragoza, Huesca, Lérida y el sur de Francia, fue un verdadero «transmisor de ciencia en la doble faceta de compendiador y de traductor, para un doble público: para intelectuales judíos y para intelectuales cristianos»<sup>33</sup>.

De su misma especie y aficiones fue Abraham ben Ezra (1089-1164), el más influyente de los científicos judíos que vivieron en la Alta Edad Media cristiana en la doble faceta de creador y transmisor. Fue autor prolífico en variados campos: gramático, teólogo, matemático y astrónomo, así como astrólogo. Viajó por Francia, Italia e Inglaterra, dejando tras de sí su saber astrológico, tanto en ambientes judíos como en círculos cristianos<sup>34</sup>. Según Ron Barkai, su obra más importante en este campo es el *Séfer resit hojmá* («El libro sobre el principio de la sabiduría»). En este libro, que tuvo prestigio de «manual» durante la Edad Media y el Renacimiento europeos, expone los principios teóricos de la astrología y de sus aplicaciones en la práctica. De su éxito en las universidades, basta considerar las lenguas a las que fue traducido. Este tudelano internacional, después de tantos viajes vino a morir a Calahorra, cerca de sus lares.

Estos ejemplos podrían multiplicarse con otros eruditos judíos de menor renombre. Mas será en tiempos del rey Alfonso X el Sabio (1252-1284) cuando la intervención de traductores y sabios judíos se vuelva decisiva. Se ha calculado que del total de colaboradores reales el cuarenta y cinco por ciento fueron judíos, interviniendo en veintitrés obras, esto es el setenta y cuatro por ciento de la traducción total<sup>35</sup>. El esfuerzo del rey se centró sobre todo en la astronomía y la astrología. El *Libro del saber de la Astronomía* es una verdadera suma de la materia astronómica del saber árabe y judío andalusí, puesto que contiene una descripción de las esferas celestes, una enumeración de las estrellas con sus coordenadas, así como de los principales instrumentos (astrolabio plano y esférico, cuadrante, azafea de Azarquiel, relojes de sol, de agua, de mercurio, de velas). *El libro de los juicios de las estrellas*, el *Libro de las cruces*, el *Lapidario* y también el *Picatrix*, obras estas de astrología y ocultismo, todas terminadas en 1280. Ahora bien, las *Tablas Alfonsíes* suponen el mayor esfuerzo científico y la obra por excelencia del período. Compuestas entre 1252 y 1272, gozarían de gran celebridad hasta el siglo XVI. «Sólo se conservan los «cánones». En ellos se pretende mejorar y rectificar las tablas establecidas en Toledo, dos siglos antes por Azarquiel. Se redactaron en lengua vulgar»<sup>36</sup>, y en ellas no sólo se recogen

<sup>32</sup> Lomba Fuentes 1997, pp. 48 y 57.

<sup>33</sup> Romano 1992 (2), p. 95.

<sup>34</sup> *Ibidem*, pp. 104-105.

<sup>35</sup> Moreno Koch 1988, p. 16.

<sup>36</sup> Lomba Fuentes 1997, pp. 48-49.

las enseñanzas anteriores sino también las observaciones astronómicas hechas entre 1263 y 1272. La confección de las *Tablas* fue obra de Ishaq ben Sid (rabi Çag) y de Yehudá ben Mosé. Ishaq ben Sid fue autor además del *Astrolabio redondo*, del *Relogio de agua*, del *Libro del cuadrante*, del *Relogio de argent vivo*, del *Palacio de las horas*, etc., y traductor de otra media docena de obras; en cuanto a Yehudá ben Mosé participó en la confección y traducción de ocho obras con otros colaboradores. N. Roth asegura que los tratados escritos por judíos o solamente traducidos por judíos fueron diecisiete (dos de ellos dudosos)<sup>37</sup>.

Sería demasiado prolijo enumerar aquí obras y traductores, baste decir para tener idea de su trascendencia que el *Libro de la ochava esfera*, basado en la obra de Abu-l-Husayn Abd al-Rahmán ibn Umar al-Sufi, fue traducido, revisado y completado por Yehudá ben Mosé, trabajando en él desde 1256 a 1276. De esta obra se serviría el ilustre astrónomo salmantino Abraham Zacut (siglos XV-XVI) para la confección de sus *Tablas*, utilizadas por Colón<sup>38</sup>.

Además de obras científicas en el círculo real de Alfonso X se tradujeron otras obras: literarias como *Calila e Dimna*; religiosas tales como el *Corán* y el *Libro de la escala*, que trata sobre el viaje nocturno y ascensión al cielo del profeta Mahoma. También se aprovecharon obras históricas árabes para la elaboración de *Crónica General* y la *General Estoria* [cat. 188].

Está claro que el período más importante de las traducciones del árabe al castellano fue el reinado de Alfonso X, un período extraordinariamente fecundo y, en conjunto, beneficioso para los judíos, con algunos conatos restrictivos (las leyes de las *Partidas* eran de

<sup>37</sup> Roth 1994, p. 211.

<sup>38</sup> *Ibidem*, pp. 210-216.



*Tratados de Astronomía* (siglos XIII-XIV) Madrid, Biblioteca Nacional (Mss/10012, fol. 45r)

naturaleza teórica y habrá que esperar un siglo para que empiecen a entrar en vigor). En su época, los judíos gozaron de gran independencia en su actividad literaria, científica y filosófica<sup>39</sup>. En general, el siglo XIII fue decisivo también para la cultura europea, pero no por ello los judíos dejaron esa actividad cultural y científica, «empleados en muchas chancillerías y muy en concreto en Aragón, continúan vertiendo al hebreo los textos árabes, latinos y romances que creen de mayor interés, y a veces colaboran con los cristianos en obras de mayor enjundia tal y como ocurrió con las tablas trilingües (catalán, latín, hebreo) del rey de Aragón Pedro el Ceremonioso (1360)»<sup>40</sup>. Es un hecho, como afirma Lomba Fuentes, que serán los judíos de la Corona de Aragón los principales protagonistas del paso de la ciencia árabe y judía a Europa.

En cuanto a los judíos de Castilla queda por estudiar de manera sistemática su contribución al desarrollo de la lengua castellana, idioma al que ellos con sus traducciones dieron rigor y ductibilidad, coadyuvando a hacerlo como uno de los más expresivos del mundo.

No podemos silenciar tampoco el papel desempeñado por los judíos y neoconvertos en la Universidad de Salamanca, que ha ilustrado «no pocas y brillantes páginas en la cultura occidental», desde el controvertido magisterio del judío salmantino Abraham Zacut en alguno de sus colegios impartiendo astronomía y saberes afines<sup>41</sup>, antes de expatriarse por su negativa a convertirse al cristianismo en 1492, hasta la cátedra de lenguas, donde se agruparon en el Estudio salmantino los idiomas hebreo, caldeo y árabe, desde que el Concilio de Vienne (1311) decretase que se crearan cátedras para ellos en las universidades de Roma, París, Bolonia, Oxford y Salamanca —cátedra por la cual pasaron humanistas neoconvertos o descendientes de éstos para enseñar hebreo y a veces caldeo (arameo)— entre los que se hallaron Alonso de Zamora, Pablo Coronel, Martín Martínez de Cantalapiedra, todos del siglo XVI, y algunos otros profesores, que con mayor o menor competencia mantuvieron allí los estudios de hebreo casi sin interrupción, los de caldeo de forma intermitente, y los de árabe en fugitivas apariciones. No deja de ser cierto que los estudios árabes —que a veces por presiones de los juristas y médicos de la universidad (sobre todo por parte de los médicos, ya que habiéndose dotado una cátedra de medicina aviceneana querían traducción fiable siquiera del *Canon* de Avicena) tuvieron que desdoblarse de los de hebreo y caldeo—, aun con su precariedad, fueron los primeros y únicos existentes en Europa durante mucho tiempo. (Cuando el humanista belga y profesor de Lovaina, Nicolás de Clénard, viajó hasta París en busca de alguien que sepa árabe, se enteró que sólo en Salamanca se impartía esa clase de enseñanza. Más tarde colmará de elogios a la persona que en 1531 empezó a enseñarle la lengua arábica en esa ciudad)<sup>42</sup>.

Al Estudio salmantino además le cabe el honor de haberse resistido a implantar los controvertidos estatutos de «limpieza de sangre», negándose a establecerlos con carácter general y duradero<sup>43</sup>, cuando la ley exigía la ausencia de antepasados musulmanes o judíos para la obtención de determinados empleos y cargos. Cosa que traería, además del empobrecimiento cultural, la terrible confusión entre «raza» y religión, aspectos estos, antes y ahora, que nada tienen que ver con el saber y la ciencia.

<sup>39</sup> Márquez Villanueva 1995, pp. 85-105.

<sup>40</sup> Vernet 1982, pp. 72-73.

<sup>41</sup> Cantera 1935, pp. 18-30.

<sup>42</sup> Bataillon 1935, pp. 10-16.

<sup>43</sup> Carrete Parrondo 1983, pp. 38-39.